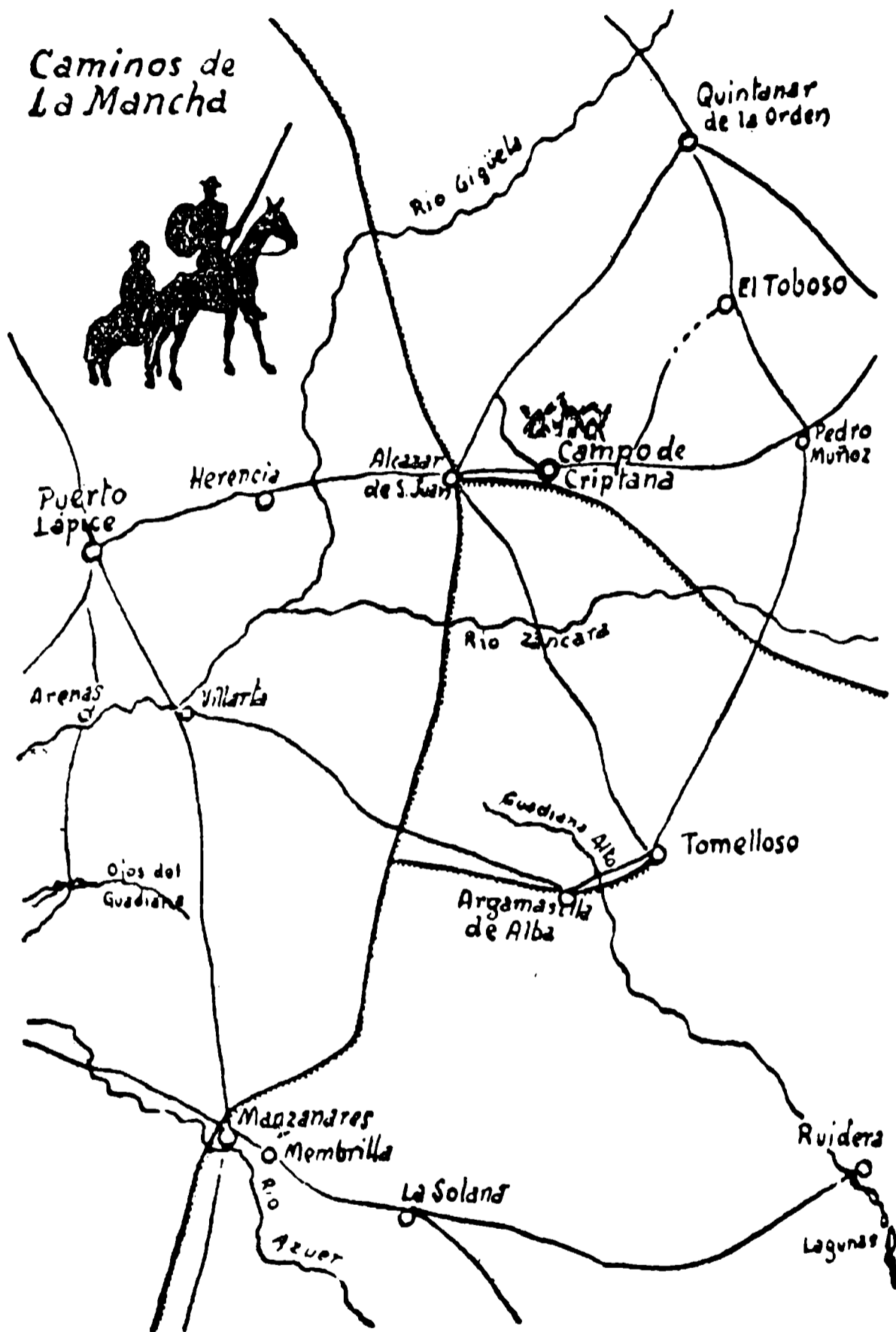


En la ruta de Don Quijote

Horacio Castillo

UNA mañana de julio dejé mi alojamiento madrileño y sin otra compañía que "El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha", de Miguel de Cervantes, y "La ruta de don Quijote" de Azorín, tomé el tren hacia Alcázar de San Juan. Era el mismo mes estival en que el sol casi derrite los sesos al bueno de Alonso Quijano cuando, tras limpiar las armas de sus bisabuelos, inició lo que Cide Hamete y ya la historia designan como su primera salida. La ruta de don Quijote, bautizada, divulgada y recreada por Azorín, comprende diversos lugares como Argamasilla de Alba, Puerto Lápice, Campo de Criptana o El Toboso, que se suponen escenario de las famosas aventuras andantescas. Dicha ruta no tiene, claro está, otros visitantes que los devotos del Caballero de la Triste Figura, quienes la recorren con lágrimas en los ojos y el corazón desbordante de entusiasmo. Antes que yo habían pasado por allí estudiantes holandeses que hacían el camino a caballo y dos diplomáticos latinoamericanos que viajaban a pie. Si esta adhesión ha engendrado el Ingenioso Hidalgo a tres siglos y medio de su nacimiento, ¿quién podrá dudar que tuvo existencia real, que vivió y murió en la tierra manchega cuyas aldeas, según lo previó el historiador arábigo, contendieron por ahijarse y tenerle por suyo como las siete ciudades griegas lo hicieron con Homero?

La ruta de don Quijote es un viaje a través del tiempo. A medida que el tren va penetrando en la llanura se produce el singular encantamiento que despoja al viajero de su vestidura corporal y lo reduce a espíritu puro. Después de tres horas de marcha en que el paisaje sólo se interrumpe con alguna vetusta iglesia, solitaria majada o furtivo labrador, se llega a Alcázar de San Juan que es como decir la Delfos Manchega. Alcázar, en efecto, es el punto de convergencia de todos los ramales ferroviarios, y si se está por ejemplo en Argamasilla y se quiere pasar a Ciudad Real, Campo de Criptana, Madrid o viceversa, será preciso regresar a ese ombligo manchego que también invoca paternidad legítima sobre el autor de don Quijote. Cuando pregunté en Alcázar por el tren al que debía transbordar para ir a Argamasilla y me señalaron antigua locomotora y destartado vagón, confirmé que mi viaje era a través del tiempo y que gradualmente, sin intermitencias, iba aproximándose al siglo dichoso en el cual vieron luz las famosas hazañas. Los cuatro pasajeros que ocupaban los cuadrados asientos de madera hacían más notable el encantamiento, pues aquel viejo con aire campesino, nariz aguileña y un solo y largo diente, ¿no parecía el propio maese Nicolás, el Barbero? Y aquellas aldeanas vestidas de negro, parcas y solemnes, ¿no serían Ama



Campo de Criptana —villa al noroeste de la provincia de Ciudad Real— es uno de los lugares más evocadores en la ruta de Don Quijote. Está en el kilómetro 156 de la línea férrea de Madrid a Alicante

ITINERARIO ESPAÑOL

y Sobrina? Y la colegiala carirredonda, de mejillas sonrosadas y mirar inocente, ¿no era, acaso, Aldonza Lorenzo, la mismísima labradora que Alonso Quijano vio apenas cuatro veces en doce años pero a quien quiso “más que a la lumbre de estos ojos que han de comer la tierra” y a quien vino a llamar con el nombre “a su parecer músico y peregrino y significativo” de Dulcinea del Toboso?

El pequeño y trepidante convoy se adentró en la llanura. El cielo sin nubes caía pesadamente sobre el horizonte interminable. Una mujer se inclinaba junto a una viña; posaba en la distancia un olivar; un flaco rocín arrastraba lentamente el arado. Vinieron entonces a mis labios las palabras de Azorín: “Sólo recorriendo estas llanuras, empapándose de este silencio, gozando de la austeridad de este paisaje, es como se acaba de amar del todo íntimamente, profundamente esta figura dolorosa. ¿En qué pensaba don Alonso Quijote, *El Bueno*, cuando iba por estos campos a horcajadas de Rocinante, dejadas las riendas de la mano, caída la noble, la pensativa, la ensoñada cabeza sobre el pecho? ¿Qué planes, qué ideales imaginaba? ¿Qué inmortales y generosas empresas iba fraguando?” El tren llegó, por fin, a “Cinco Casas”, pequeña y solitaria estación desde donde es necesario caminar todavía un kilómetro por arenoso sendero para llegar a Argamasilla. Y cuando por fin aparecieron ante mis ojos las casas bajas, con sus paredes de cal reverberando al sol del mediodía, y enseguida el Guadiana, no caí de rodillas sólo por evitar ajena curiosidad. Pero tal era la intención del alma, conmovida de pisar la propia patria del ideal, de haber arribado al corazón de la Mancha, y nadie en ese momento podría haberme convencido de que el Ingenioso Hidalgo no fue —ay—, sino creación imaginaria. El tiempo parecía detenido en el siglo de Cervantes. Una dulce quietud

dominaba el ambiente y el río pasaba —como dice Azorín— “callado y transparente entre arbustos que arañan los cristales”. Ese era el Gaudiana cantado por Ariosto, loado por los poetas locales y que el Caballero de los Leones evocara una tarde al divisar ejércitos donde Sancho sólo vio ovejas: “los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso”. Ese era el Guadiana, el escudero evocado por Belerma en la Cueva de Montesinos: “Guadiana, vuestro escudero, plañendo asimesmo vuestra desgracia, fue convertido en un río llamado de su mismo nombre; . . . Pero con todo esto, por dondequiera que va muestra su tristeza y melancolía, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del ajo dorado”. Seguí el borde de *la vega* —así dicen los vecinos— y al pasar junto a una vieja casona bordeada de largo muro pensé que allí, seguramente, estaría paseándose en su aposento, con calzas de vellorí, pues era día de semana, el hidalgo cincuentón a quien aguardaban las acciones más altas y la más justa fama.

* *

Cuando la visitó Azorín hace más de 50 años Argamasilla contaba con 850 habitantes, y el mismo autor se encarga de avisarnos que en época de Cervantes tenía 700. Ahora hay 8.300 almas, lo que no modifica sin embargo su estructura física y espiritual, la tranquilidad medieval de sus calles no turbada por automóviles, tranvías o autobuses. Los argamasillescos, cuyos apellidos constituyen evocaciones quijotescas —Manzaneque, Quiñones, Quintanar, Carrasco— son celosos custodios del Hidalgo y ellos mismos espíritus generosos y desinteresados. Todos creen ciegamente que allí vivió Cervan-

tes, que en la prisión de la que más adelante hablaremos comenzó a escribir su obra maestra y, por último, que don Rodrigo Pacheco, habitante de la villa allá por el 1600, cuyo cuadro se conserva en la iglesia, es ni más ni menos que el inspirador del caballero andante. Tan es así que nadie quiere oír hablar de la tesis en virtud de la cual se supone que la Argamasilla del Quijote era otra andaluza ¿Y no es un dato concreto de la mente idealista de la verdadera Argamasilla, la de Alba, que haya hecho construir un molino de viento como aquellos que don Quijote tomara por gigantes, y que bautizaron con el nombre del cura Pedro Pérez, interlocutor del caballero y ejecutor del auto de fe en su biblioteca?

Entre los tesoros de Argamasilla figura el retrato de don Rodrigo Pacheco, primer objeto de mi visita en aquella cálida como inolvidable jornada de julio en que fue irremplazable cicerone don Juan Alfonso Padilla Amat, nieto del académico "tan parco, tan mesurado, de tan sólido juicio" que Azorín cita en su libro. El cuadro, ya borrado por el tiempo, muestra a don Rodrigo en compañía, presumiblemente, de su sobrina; ambos lucen los clásicos cuellos de encaje y tienen las manos en actitud de orar; sobre ellos, a izquierda y derecha, aparecen dos santos, y al fondo se ve a la Virgen coronada y con el Niño en brazos.

La efigie de don Rodrigo coincide —acaso como cualquier personaje del Greco— con la descripción que hace Cervantes de su héroe, y al pie se lee la siguiente leyenda: "Apareció nuestra Señora a este caballero estando malo de una enfermedad gravísima desamparado de los médicos vísperas de San Mateo en MDCII y encomendándose a esta Señora y prometiéndole una lámpara de plata llamándola de día y de noche de gran dolor que tenía en el cerebro de

una gran frialdad que le cuajó dentro". Los abogados de la identificación entre don Quijote y Rodrigo pueden alegar con las palabras de Cervantes: "y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio". A don Rodrigo, pues, se le *cuajó una gran frialdad en el cerebro*, y a don Alonso Quijano se le *secó el cerebro*. Ambos, además, eran solterones y tenían una sobrina, como lo dice don Juan Alfonso —el abuelo— en su "Historia de Argamasilla" todavía inédita: "Por los años de 1602 al 1603, estuvo en Argamasilla de Alba Miguel de Cervantes Saavedra, natural de Alcalá de Henares según unos y de Alcázar de San Juan según otros. Traía la comisión de cobrar las alcabalas. Refiere la tradición que se enamoró de una sobrina muy linda que el solterón D. Rodrigo Pacheco y Avilés de Sotomayor tenía en su casa. No se dice si la sobrina de Pacheco correspondía a las pretensiones de Cervantes; pero sí que D. Rodrigo Pacheco contrariaba aquellos amores". Según el cronista, las intrigas terminaron por llevar al enamorado alcabalero a la "Cueva" que ahora honran los vecinos. Se trata de un sótano que efectivamente sirvió de prisión, pero que la imaginación local ha venido a convertir en la cárcel donde se escribió la primera parte del libro. Una inscripción anuncia, sobre la puerta de acceso, esa circunstancia, y en uno de los muros interiores se advierten aquellas palabras de prólogo: Y así, qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados por otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación?" Los vecinos, temerosos de exponer a la curiosidad extraña tamaño antro, húme-

ITINERARIO ESPAÑOL

do y frío, han construído en uno de los ángulos de la Cueva un banco de piedra, acaso para complacer al fantasma ancestral que debe habitarla. No lejos de allí existe otro sótano de la Inquisición que no tiene más huéspedes ya que los tan ilustres como exquisitos quesos manchegos... Y esa tarde, cuando después de tomar un mazagrán a orillas de Guadiana, fui a saludar a las monjas del Hospital de Argamasilla, que son argentinas, me alegré de saber que eran compatriotas quienes daban salud y caridad a los coterráneos del Hidalgo sin par.

* *

La visita a los batanes constituye otro de los capítulos de la ruta de don Quijote. Si Azorín debió hacer el trayecto en carro, a mí —más afortunado— me cupo en suerte hacerlo en sendas motocicletas junto a Juan Alfonso, su hermano don Pedro y un vecino que proveyó uno de los vehículos. Don Pedro, dueño de una bodega, vive en una casa del siglo XVII que tiene 34 habitaciones. Cuando fui a saludarlo antes de la excursión a los batanes, me mostró atentamente la finca, que no dudé era la misma de Alonso Quijano pues también tenía un corral con puerta falsa como aquella por la cual salió una mañana de verano. Don Pedro tiene armas, libros antiguos, documentos nobiliarios y colecciones numismáticas y, además, un vino de 1898 que me hizo probar aquella tarde en el patio, a la fresca sombra de la parra. Y al atardecer, cuando había comenzado a declinar el sol, iniciamos la aventura. Más allá del castillo de Peñarroya junto al cual se ha construido una represa, el camino bordea constantemente el engrosado caudal del Guadiana. De tanto en tanto surgen en el paisaje las "motillas" romanas, promontorios de tierra que constituían verdaderos sistemas de comunicación. Y tras una

hora de viaje aparece finalmente el bosquecillo de los batanes, donde amo y escudero fueron sorprendidos una noche por extraños ruidos que asustaron grandemente al segundo y estimularon el valor del primero ante el anuncio de una nueva y magna empresa. Al amanecer vieron, sin embargo, —con alegría Sancho, don Quijote con aflicción— que no eran sino seis mazos de batán. El lugar coincide con la descripción de Cervantes: "Y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que al pie de unas altas peñas se hacía, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua". No sin honda emoción descendimos hasta el salto de agua —menos grande de lo afirmado por el historiador árabe—, y a cuyo pie, sirviendo el humilde y silencioso oficio de puente veíase uno de los mazos. A pocos pasos del lugar estaban las casillas bajas, ocultas casi entre la arboleda, tal cual las vio y describió Azorín. "Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro..."

Reanudamos la marcha hacia Ruidera, y a la monótona llanura sucedieron las estribaciones serranas que encuadran las lagunas, bellas en su silencio, plenas de evocaciones: "Solamente faltan Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando, por compasión que debió de tener Merlín dellas, las convirtió en otras tantas lagunas que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha, las llaman las lagunas de Ruidera". De pronto alguien dijo: "Hacia allá está la Cueva de Montesinos". Volví la vista y miré las ondulaciones del terreno en la otra orilla. Como la hora era muy avanzada, no pudimos ir a la célebre Cueva, aquella a la cual descendió don Quijote en memorable jornada, donde dialogó con el propio Montesinos y donde halló

a Dulcinea en extraña actitud. Cuando volví por última vez el rostro me pareció que la Cueva se iluminaba en la lejanía, que el Ingenioso Hidalgo se erguía hacia el azul profundo de la noche, la lanza en ristre, la mirada enérgica, y en la boca las palabras místicas: "Yo sé quien soy".

De regreso en Argamasilla, fui a alojarme a la fonda de la Sinforosa, pues no se hallarán a lo largo de esta ruta los despliegues hoteleros de otras ciudades del mundo, no por más visitadas de prosapia mayor. Como se sabe Azorín estuvo en la fonda de la Xantipa, que hoy no existe, y ha sido reemplazada por la de su nieta, la Sinforosa. Tras la frugal cena de tocino y huevos, don Pedro y Juan Alfonso, *el nieto*, pasaron a buscarme para ir a la "plaza", glorieta con bancos de piedra y copudos árboles donde se reúnen los vecinos en sus lentas, plácidas y felices noches manchegas. De allí fuimos a la casa de Sansón Carrasco, y si bien el extranjero podrá dudar que esa fachada con grandes portones haya sido la del bachiller, la realidad —por un lado— dice que en ella viven Carrascos descendientes de Carrascos, y la avasalladora fe local —por el otro— lo ha consagrado cosa juzgada. La fatiga impidió aquella noche que ensueños quijotescos turbaran mi reposo, que me despertara para acometer sino contra odres al menos contra los característicos lavabos de esos pueblos escasos de agua. Pero a la mañana siguiente, cuando bajo la noble parra del patio, las hijas y sobrinas de la Sinforosa sirvieron mi desayuno —"Tránsito, Sacramento, María Jesús?"— me sentí invadido por una intensa, una profunda alegría de estar entre esas buenas gentes, en medio de tal venturosa paz, y me dije que debía ir a dar los buenos días a don Alfonso Quijano, junto a cuya casa había pasado el día anterior cuando lavé mi corazón en las aguas del Guadiana.

* * *

Hemos dicho que Alcázar de San Juan es el punto de reunión de los ramales ferroviarios de la Mancha. En el breve reposorio hecho allí para ir a Campo de Criptana tuve tiempo de ver en la iglesia de Santa María la Mayor la partida de bautismo del Miguel de Cervantes Saavedra que no escribió el Quijote. El libro dice que a los nueve días del mes de noviembre de 1558 se bautizó a "*un hijo de Blas de Cervante Sabedra y da Catalina López que le puso nombre Miguel-fue su padrino de pila minchor de Ortega acompañado por Juan de Quirós y fran^{co}. almendros y sus mujeres de los dicho*". Al margen se ha escrito: "este fue el autor de la Historia de Don Quijote", no obstante lo cual el homónimo está invalidado por el documento de Alcalá de Henares y por la lógica, pues de haber nacido en esa fecha Cervantes hubiera tenido muy pocos años al asistir, en 1571, a la batalla de Lepanto. Pero los de Alcázar han hecho de su folio bautismal artículo de fe, dando cumplimiento una vez más a la profecía según la cual las villas de la Mancha habrían de contender —aunque esta vez con respecto al autor— por ahijársele y tenerle por suyo. Campo de Criptana, por su parte, tiene derechos adquiridos sobre el Ingenioso Hidalgo. Situada a ocho kilómetros de Alcázar de San Juan, en el Km. 156 de la línea férrea Madrid-Alicante, está arrebujaada sobre una eminencia, en plena llanura manchega, y tiene el privilegio de conservar los gloriosos molinos de viento que don Quijote tomó por gigantes en su "espantable y jamás imaginada aventura".

Quienes sostienen que esas fueron, efectivamente, las máquinas que Cervantes tuvo presentes en su narración, argumentan con el párrafo inicial del capítulo, donde se lee: "En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento

ITINERARIO ESPAÑOL

que ha en aquel *campo...*” En la época de Cervantes, además, según las “Relaciones Topográficas de Felipe II” (1575) había “en la sierra, junto a la Villa, muchos molinos de viento”, y en el catastro del Marqués de la Ensenada figuran los 34 siguientes: El Poyatos, El Pereo, El Burillo, El Paletas, La Charquera, El Alambique, La Tahonilla, El Castaño, El Aburraco, El Esteban, El Lisado, El Pilón, El Guindalero, El Culebro, El Burla-pobres, El Infanto, El Horno de Poba, El Escribanillo, El Tardío, El Gambalúas, El Condado, La Huerta-mañana, El Zaragüelles, La Cana, El Lagarto, El Carcoma, El Ranas, El Beneficio, La Quimera, El Calvillo, El Valera, El Guizepo, El Cervadal y El Pinto Cerrillo. Los que subsisten se llaman “el Burleta”, “El Sardinero” y “El Infanto”, a los cuales se ha agregado recientemente otro conmemorativo. Pero hace treinta años había todavía una docena, y las autoridades de Campo de Criptana van a reponer todos los molinos del tiempo de Cervantes.

*“Subí con mis costales,
bajé sin ellos.
Molinera del “Pinto”
ya no me acuerdo...”*

Cuando descendí del tren e inicié el trayecto hacia los molinos me estremecí nuevamente. Tomé por las estrechas callejuelas de angostas veredas y empina-

da pendiente. Un grupo de aldeanas aguardaba su turno junto a una fuente, y tras beber de sus cántaros, llegué al altozano. Me acerqué religiosamente, acaricié las enormes aspas inmóviles, apoyé la frente sobre sus venerables paredes cilíndricas, y sentí que una ráfaga de llanto me anegaba el pecho. “Calla, amigo Sancho, que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y así es verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento”. Alcé los ojos y paseé la vista por la llanura amarillenta, inacabable, extendida plácidamente bajo la límpida luz del cielo. Hacia el sur, invisible, corría el río Zánaras, cuyo nombre recuerda el de Sancho Panza o Zancas. Hacia el oeste, más allá de Alcázar, estaba Puerto Lápice con su histórica venta. Hacia el norte el Quintanar de la Orden, patria de Juan Haldudo. Hacia el este, a más de 20 kilómetros, la tierra del Toboso, cuna de cunas, villa de villas, como que en ella nació la sin par Dulcinea. Mas como al mismo don Quijote, que no alcanzó a hallar a su Señora, también a mí me fue deparado entonces no llegar a la “noble, ilustre y desmoronada villa del Toboso”, acaso porque representaba como Dulcinea el deseo de eternidad que alienta íntimamente en nuestro inconsolable destino humano.